
2. La venida de Cristo

«El reino de los cielos se parecerá a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo» (Mt 25, 1). En varias parábolas¹, Jesús exhorta a la vigilancia: incluso si la noche parece larga hasta la llegada del Maestro, «¡mantened vuestras lámparas encendidas!» (Lc 12, 35).

En los primeros decenios de su historia, la Iglesia vivía en la intensa «espera de la revelación de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor 1, 7). Los tesalonicenses «se convirtieron a Dios... para aguardar la vuelta desde el cielo, de su Hijo, al que resucitó de la muerte, y que nos salva» (1 Tes 1, 9s). Tenían fija su mirada en *el día del Señor*, el de su manifestación gloriosa. Se vivía ya de ella, y por eso, se la sentía próxima: «Alegraos... el Señor está cerca» (Flp 4, 4s).

«Aguardar», «esperar», son palabras que se repiten sin cesar en la literatura cristiana de entonces². Son para siempre características de la actitud cristiana³: el fiel «aguarda

1. Mt 24, 44-25, 13; Lc 12, 35-48.

2. Rom 8, 19.23.25; Gál 5, 5; 1 Cor 1, 7; Flp 3, 20; 1 Tes 1, 10; Tit 2, 13; Heb 9, 28; 2 Pe 3, 12s.

3. «La espera... es la función cristiana por excelencia, y la nota, posiblemente, más característica de nuestra religión...». Teilhard de Chardin, *Être plus*, Paris 1968, 90.

la alegre esperanza, la aparición gloriosa de nuestro Dios y salvador, Jesucristo» (cf. Tit 2, 13). La esperanza, virtud cristiana esencial, se concentra en esta venida del Señor Jesucristo que los tesalonicenses «esperaban con constancia» (cf. 1 Tes 1, 3). «El deseo ardiente» de la parusía será el criterio de la recompensa en el día del Señor (2 Tim 4, 8).

La venida de Cristo, salvación del hombre

La esperanza se asienta en la parusía del Señor porque éste es el día de la salvación: «Aguardamos como salvador al Señor» (Flp 3, 20). Cristo «aparecerá... para dar la salvación a los que la esperan» (Heb 9, 28). A la parusía se le llama «día de la redención»⁴. El hombre encontrará en ella «la redención de (su) cuerpo» y llegará a su (plena) «filiación» (Rom 8, 23). Se cumplirá la palabra: «tal como es él (Cristo), así somos nosotros» (1 Jn 4, 17); «seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2).

No hay salvación fuera de la parusía de Cristo, porque fuera de ella, «la redención que está en Cristo Jesús» (Rom 3, 24), no alcanza a los hombres. En efecto, en su muerte y resurrección, Cristo se ha convertido en la salvación en persona: «para nosotros, se ha hecho... redención» (1 Cor 1, 30). Esta salvación siendo personal en Cristo, permanecería encerrada en el Salvador y no tendría impacto en la humanidad, efectivamente, Jesús no habría ni muerto ni resucitado *para* los hombres (cf. 2 Cor 5, 15), si él mismo no hubiera venido y se hubiera dado a ellos, haciéndoles participar así de la salvación realizada en él.

En los últimos siglos, la teología llegó a ignorar la importancia salvífica de la parusía porque la redención no se iden-

4. Ef 1, 14; 4, 30; cf. Lc 21, 28; 1 Tes 1, 10.

tificaba, según ella, con el misterio personal de Jesús realizado en su muerte y resurrección. Jesús habría rescatado al mundo pagando un precio⁵, reconciliando así a Dios con los hombres. Habría adquirido para ellos el derecho al perdón y a la vida eterna, sin haber *llegado a ser él-mismo* la salvación de todos.

Todo habría sido ordenado por un acto situado en el pasado, en virtud de los sufrimientos vertidos en la balanza de la justicia; ya no se requeriría ninguna intervención de Cristo; la resurrección de Jesús en sí misma no jugaría un papel salvífico. La Iglesia se tendría que ocupar de completar la obra «aplicando los méritos de Cristo», «distribuyendo las gracias» adquiridas. El papel que esta teología reconocía a la parusía no es el de realizar la salvación de Cristo en los hombres, sino por el contrario, de clausurar la historia de la salvación después de que los méritos de Cristo hubieran sido «aplicados», de cerrar la puerta con un juicio solemne.

Esta teología de la cruz, vuelta exclusivamente hacia el pasado, se reduce a la remisión de los pecados; es incapaz de integrar la gloria de Cristo resucitado. Ahora bien, sin relación con la resurrección, la muerte sola no tendría sentido redentor: san Pablo lo atestigua con mucha fuerza (1 Cor 15, 17). En su muerte glorificadora, Cristo ha llegado a ser personalmente el misterio de la salvación (1 Cor 1, 30): la redención está en él (Rom 3, 24). Para que esta salvación personal de Cristo llegue a ser la de los hombres es necesario que Cristo venga a ellos y se comunique, él que es la salvación. Por ello dice Jesús: «Me voy pero volveré a vosotros» (Jn 14, 28).

Sacando de contexto una frase de san Pablo: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe y estáis aún en vuestros

5. Es verdad que la Escritura utiliza la imagen de un precio pagado (1 Cor 6, 20; 7, 23; cf. 1 Pe 1, 18s). Pero es Dios Padre el que paga este precio, se empeña totalmente por los hombres en Jesucristo.

pecados» (1 Cor 15, 17), se podría decir: «Si no viene Cristo y no nos asume en él, vana es nuestra esperanza, permanecemos en nuestros pecados».

La pascua de Jesús, misterio de venida

San Pablo reserva la palabra «parusía» para la última manifestación de Cristo⁶. Esto nos ha inducido a distinguir, separándolas, la pascua de Jesús y su parusía. Se sitúa la primera en los orígenes de la Iglesia, en tiempos de Poncio Pilato, la segunda al final de la historia; la Iglesia camina de la una a la otra, intercalada entre una partida y un retorno de Cristo. En realidad, *el misterio pascual es en sí mismo parusíaco*. Jesús «ha muerto y resucitado para nosotros» (2 Cor 5, 15) y, por su muerte y resurrección viene y trae la salvación realizada en él. El acontecimiento de la salvación, el de la muerte y resurrección, es también su venida al mundo. De esta manera Cristo «ha muerto y resucitado para nosotros», puesto que se da a nosotros en su muerte y resurrección.

En los evangelios, Jesús anunció que a su muerte seguiría su venida gloriosa: «Igual que el fulgor del relámpago brilla de un extremo a otro del horizonte, así ocurrirá con el Hijo del hombre en su día. Pero antes tiene que padecer mucho y ser rechazado por esta clase de gente» (Lc 16, 24s).

Jesús empieza por proclamar la inminencia del reino de Dios (Mc 1, 15). Después da a entender que el Reino entra en el mundo en su persona: «Si yo echo los demonios con el dedo de Dios, es que el reino de Dios ha llegado a vosotros»⁷. Inaugurado ya por la actividad de Jesús, el Reino vendrá con fuerza, cuando el Hijo del hombre sea glorifica-

6. 1 Tes 2, 19; 3, 13; 4, 15; 5, 23 *passim*.

7. Lc 11, 20; 17, 21.

do⁸. Este es el sentido de los anuncios de la pasión, tras la cual, sin tardar⁹, el Hijo del hombre resucitará: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho... y resucitar a los tres días» (Mc 8, 31). El advenimiento del Hijo del hombre, su parusía, seguirá a su muerte.

Cuando el proceso de la muerte se desencadena, Jesús profetiza: «A partir de ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder, y venir sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 64). Su venida, que es la del reino de Dios (cf. Dan 7, 13s), se realizará a través de la muerte.

En la muerte y la resurrección «todo se ha cumplido». El misterio pascual es el de la plenitud de la salvación, a la que no se añadirá nada más y de la que todo se deriva. En adelante, según Col 2, 9s, toda la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Cristo para que los hombres sean colmados de ella. ¿Podría añadirse algo a esta plenitud divina? Jesús es desde entonces el hombre del último día, llamado «el día del Señor»¹⁰. Según esto, ha llegado a ser el Señor por su muerte y resurrección¹¹. Desde esta plenitud, Jesús viene hacia los hombres para compartirla con ellos.

Jesús declara hablando de su muerte: «Me voy y vuelvo a vosotros» (Jn 14, 28). No muere para irse ni para volver, sino para venir como jamás había venido: la pascua de Jesús es parusíaca. Dice: «Dentro de poco ya no me veréis pero

8. Así es como lo comprenden los evangelistas. Según Mc 9, 1 Jesús declara: «Algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto que el reino de Dios ha llegado ya con fuerza». Lo que Mt 16, 28 interpreta: «...Sin haber visto llegar al Hijo del hombre con su Reino».

9. La indicación *a los tres días*, en primer lugar, no tiene un sentido cronológico preciso (cf. Os 6, 2). Significa que el Hijo del hombre resucitará pronto.

10. 1 Cor 1, 8; 5, 5 *passim*.

11. Hech 2, 36; Rom 10, 9; Flp 2, 8-11.

poco después volveréis a verme» (Jn 16, 16). La muerte le hace invisible pero para revelarle: «Yo me manifestaré» (Jn 14, 21). Resucitándole, Dios «le concedió que se manifestase» (Hech 10, 40). Según esto «epifanía» (manifestación) es otro nombre de la parusía¹².

Jesús era esperado en la tierra como «aquel que viene»: «¿Eres tú el que tiene que venir o debemos esperar a otro?» (Mt 11, 3 par). Es aclamado: «¡Bendito el que viene!» (Mt 21, 9 par). En su pascua es más que nunca «el que viene», el Señor que está cerca (Flp 4, 5) y al que se le invoca «¡Ven, Señor Jesús!»¹³.

Según Jn 10, 36, Jesús se define como «aquel que el Padre ha consagrado y enviado al mundo». En su muerte y su glorificación la consagración en Dios es total (Jn 17, 19); total es también el envío: «Vengo a vosotros» (Jn 14, 28). La muerte glorificadora es una «exaltación» junto a Dios¹⁴ y una «resurrección» que le envía al mundo: «Dios lo ha resucitado y os lo envía» (Hech 3, 26). Una vez más el acontecimiento de la salvación es también su advenimiento al mundo.

Jesús fue siempre un hombre-para-los-demás; pero en su muerte y resurrección ha llegado a ser el pro-existente universal¹⁵. Lo que le es más suyo, su muerte y su nacimiento glorioso (Hech 13, 33), es para nosotros: «Para nosotros ha muerto y resucitado» (2 Cor 5, 15). Jesús es Hijo-de-Dios-para-nosotros. El Espíritu de amor (Rom 5, 5) y de comunión (2 Cor 13, 13) se ha apoderado de él y lo ha hecho un ser en donación de sí, fuente de vida, la misma que él vive, «un espíritu que da vida» (1 Cor 15, 45). La venida salvífica

12. Cf. *infra*, nota 25.

13. Ap 22, 20; cf. 1 Cor 16, 22.

14. Hech 2, 33; 5, 31; Flp 2, 9.

15. Los exegetas han creado esta palabra: «pro-existencia» para caracterizar el ser de Jesús totalmente entregado a Dios y al mundo.

es desde entonces actual. El que es el futuro de la Iglesia y del mundo se hace ya presente.

«El día del Señor es pues hoy», aunque sea el último día. Los fieles viven en su luz: «A vosotros, en cambio, que no vivís en tinieblas, ese día no tiene por qué sorprenderos como un ladrón, pues todos vivís en la luz y en pleno día» (1 Tes 5, 4s). La parusía es a la vez objeto de experiencia y de esperanza, porque el resplandor del día permanece velado aún: «Cristo es entre vosotros (por tanto presente) *esperanza de la gloria*» (Col 1, 27). El día es de una proximidad tangible, presente, y próxima: «La noche está avanzada, el día se echa encima». Vivimos ya en su luz: «Conduzcámonos como en pleno día, con dignidad» (Rom 13, 13). Porque el Apóstol siente ya su presencia aunque está velada, afirma su proximidad (Flp 4, 5); su luz transforma al discípulo «de gloria en gloria» (2 Cor 3, 18). La Iglesia es «trabajada» por su futuro, que constituye su misterio profundo.

No se debe situar, por tanto, a la Iglesia entre la resurrección de Jesús y la parusía final, como entre los dos polos de su historia, partiendo de uno y yendo hacia el otro. La Iglesia emprende su marcha en un encuentro inicial, donde comienza a resucitar con Cristo; va hacia el encuentro definitivo con él, donde se cumplirá su resurrección. En la fuerza del encuentro primero con Cristo resucitado que viene, va hacia la comunión total con él. Tiene su fuente permanente en el misterio pascual, en el que Cristo viene a ella. Es ahí donde comienza a nacer, ahí se realizará su nacimiento en plenitud.

El misterio de la salvación está en el comienzo y en el fin, misterio a la vez pascual y parusíaco. La parusía es idéntica al misterio pascual: *es este misterio en su impacto en el mundo*.

Se habla con frecuencia de un «retorno» de Cristo, se dice que «volverá». ¿Es éste el lenguaje apropiado? La Es-

critura no lo utiliza¹⁶. Si debía volver es porque nos habría dejado; ahora bien, lejos de dejar a su Iglesia viene a ella por su muerte y resurrección. Y sería también porque no habría «realizado plenamente» su obra redentora, debiendo volver para completarla. Sin embargo, «todo está cumplido»; el misterio pascual es la salvación final. Hablar de un retorno, sugiere que volvería a entrar en la existencia terrestre, pero él murió «una vez para siempre» (cf. Rom 6, 10) a la condición terrestre.

Jesús no viene regresando, sino haciendo venir a él; se hace presente a los hombres atrayéndolos hacia él en quien está su plenitud de sentido, su propia verdad. La gracia es una llamada a la comunión: «Habéis sido llamados a compartir la vida de su Hijo» en su día (1 Cor 1, 9). Es una llamada creadora en la que se realiza la palabra: «Todo ha sido creado... para él» (Col 1, 16). Hasta el momento en que «seremos arrebatados, junto con ellos, al encuentro del Señor en el aire» (1 Tes 4, 17)¹⁷.

Cristo viene atrayendo y atrae revelándose¹⁸, en el hecho de revelarse¹⁹. Los discípulos se apresuran hacia la orilla, cuando allí se manifiesta Jesús (Jn 21, 4-8). Revelándose a ellos les «transforma de gloria en gloria» (2 Cor 3, 18), hasta el día en que la transformación sea total por la plena revelación de su presencia: «Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2); «cuando Cristo, vida nuestra, se manifieste, también vosotros apareceréis juntamente con él en gloria» (Col 3, 4).

16. Sólo en algunas parábolas y en Jn 14, 3 en razón de la materialidad de la imagen utilizada: el Maestro, habiéndose ido lejos, debe volver para estar de nuevo presente.

17. San Pablo utiliza aquí imágenes apocalípticas en las que Cristo aparece sobre las nubes del cielo.

18. De ahí el deber de la Iglesia de evangelizar; de hacer a Cristo audible y visible al mundo.

19. San Agustín, *In Joh, tract.* 26, 5: CCL 36, 262.

La manifestación final

Los escritos del nuevo testamento describen varias veces el advenimiento final del Hijo del hombre²⁰. Recurren a imágenes propias del género literario apocalíptico que abundó en Israel en los últimos siglos anteriores a Jesucristo: «Inmediatamente después de la angustia de aquellos días el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán; y entonces brillará en el cielo la señal del Hijo del hombre; y todas las razas de la tierra se golpearán el pecho viendo venir al Hijo del hombre sobre las nubes, con gran poder y majestad; y enviará a sus ángeles con trompetas sonoras y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos, de horizonte a horizonte» (Mt 24, 29-31 par)²¹.

Estas imágenes expresan ante todo que «el Hijo del hombre vendrá con poder y majestad» (Mt 24, 30 par). El señorío de Cristo se impondrá «en virtud del poder que le permite dominar todas las cosas» (Flp 3, 21). Vencerá todos los obstáculos, y el último es la muerte (1 Cor 15, 24-28).

Este es el poder dado a Cristo en su resurrección (cf. Rom 10, 9) y que le hace compartir con el Padre el dominio sobre la creación (Flp 2, 9-11). El himno cristológico de Flp 2, 6-11 sitúa el triunfo final en la continuidad inmediata de la muerte de Jesús, porque este poder es el de Cristo en su resurrección: «Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble —en el cielo, en

20. Mt 24 par; Lc 17, 22-37; 1 Cor 15, 23-37; 1 Tes 4, 16s; Ap 1, 7.

21. Estas imágenes están tomadas en gran parte del antiguo testamento. Cf. Is 27, 13; Dan 7, 13; Zac 2, 10; la trompeta es mencionada en Is 27, 13; Jl 2, 1; Sof 1, 6; Mt 24, 31; 1 Cor 15, 22; 1 Tes 4, 16; Ap 11, 15.

la tierra, en el abismo— y toda lengua proclame: ‘Jesucristo es Señor’, para gloria de Dios Padre».

Este señorío es salvífico. Es una gracia todopoderosa conferida a consecuencia de la muerte redentora. Es cierto que Pablo describe este triunfo con los acentos de un canto de guerra: «Porque es necesario que él reine, hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies»²². Pero esta victoria es la de la resurrección que es vida, vida filial de Jesús. Así el Apóstol no habla más que de la resurrección de «los que pertenezcan a Cristo, el día de su manifestación» (1 Cor 15, 23).

El día del Señor es precisamente un día y el más luminoso de todos: «A vosotros que no vivís en tinieblas, ese día no tiene por qué sorprenderos como un ladrón» (1 Tes 5, 4). Porque este día resucita el que es «la luz del mundo» (Jn 9, 5). «Aparecer», «ver», son palabras frecuentes para describir la venida de Cristo: «Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre y todas las razas de la tierra... viendo venir al Hijo del hombre sobre las nubes» (Mt 24, 30). Este signo que aparecerá y que hará estallar el día, es el Hijo del hombre, él mismo, que es el día en persona²³.

El misterio pascual es de gloria, de revelación tanto como de poder: «Vendrá con la gloria»²⁴, «Dios hizo que se dejara ver» (Hech 10, 40). «Epifanía» es otro nombre de la parúsia frecuentemente utilizado²⁵, lo mismo que *apocalipsis*

22. 1 Cor 15, 25; cf. Sal 110, 1.

23. El signo del Hijo del hombre ha sido interpretado ya en la literatura apócrifa (siglo II) por la cruz, que aparecerá en el cielo. Sin motivo, según parece. Se trata del Hijo del hombre en su aparición. Según Dan 7, 13, el reino de Dios viene bajo el signo de un hijo de hombre. Jesús habla también del *signo de Jonás*, que no es otra cosa que el mismo Jonás.

24. Mt 16, 27; 25, 31 par.

25. 1 Tim 6, 14; 2 Tim 4, 1-8; Tit 2, 13; «epifanía de su parúsia» (2 Tes 2, 8). «Cuando Cristo se manifieste» (Col 3, 4); «cuando aparezca» (1 Jn 3, 2).

(es decir *revelación*) de nuestro Señor Jesucristo²⁶. Jesús resucitado que es, en persona, el misterio del último día, envió un rayo de su luz sobre Pablo su perseguidor: «De repente un relámpago lo envolvió con su resplandor» (Hech 9, 3), «se dignó revelarme a su Hijo» (cf. Gál 1, 15s)²⁷.

Esta luz es irresistible, derribará al Anticristo: «El Señor... le aniquilará con el esplendor de su venida» (2 Tes 2, 8). Vivificará a los que pertenecen a Cristo (1 Cor 15, 23). Hará semejantes al Señor a los que «le verán tal cual es» (1 Jn 3, 2). Los fieles hacen una primera experiencia en esta tierra: «Y nosotros que llevamos la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente; así es como actúa el Señor que es Espíritu» (2 Cor 3, 18). La luz de la parusía brilla ya: «No estáis en las tinieblas... sois hijos de la luz» (1 Tes 5, 4s). Pero se ve a través de un velo, el de la existencia terrestre, que hace que «nuestra vida permanezca oculta» (cf. Col 3, 3). El esplendor de la parusía disipará el velo: «Cuando se manifieste Cristo, vida vuestra, también vosotros os manifestaréis juntamente con él en gloria» (Col 3, 4).

La parusía es un artículo esencial del credo. El que profesa su fe en Cristo salvador, cree en su venida, gracias a la cual la salvación realizada en él, se hace efectiva en el mundo. Pero ¿qué es lo que se oculta tras las imágenes de las que la Escritura reviste esta venida majestuosa al final de los tiempos: la aparición de Cristo sobre las nubes, la asamblea de las naciones al sonido de la trompeta, los fieles llevados al encuentro del Señor (1 Tes 4, 17)...? El misterio de la parusía es el mismo de Jesús en su muerte y su resurrección en el mundo: «A partir de ahora veréis al Hijo del

26. 1 Cor 1, 7; 2 Tes 1, 7; 1 Pe 1, 7.13.

27. Los exegetas reconocieron aquí el estilo apocalíptico propio de las descripciones del Día.

hombre venir sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 64). Ahora bien, el misterio pascual no se expresa con demostraciones exteriores de poder. ¿Se ha visto al Resucitado «venir sobre las nubes»? A los que esperaban en el cielo, signos anunciadores del reino de Dios, Jesús replicó: «El reino de Dios no vendrá de una manera llamativa. Entonces os dirán: ‘¡Míralo aquí!’ o ‘¡está allí!’; pues el reino de Dios está entre vosotros» (Lc 17, 20s). La parusía pertenece a la majestad divina, es misteriosa, trasciende las representaciones humanas. Está actuando desde ahora. Cristo viene, el juicio está hecho, la resurrección actúa en el mundo como la levadura. Pero en profundidad. No obstante su luz despunta a través de la superficie. ¿Bajo qué forma se impondrá el poder salvífico de Cristo? ¿quién sabrá decirlo?

A fin de cuentas, ¿qué sabemos de la venida de Cristo? Que vendrá con poder, que vendrá revelándose, que revelándose hará venir a él al mundo para que se salve. Misterioso, el día del Señor es imprevisible. La Escritura lo repite hasta la saciedad²⁸. Ya fue imprevisible la parusía en sus primeras manifestaciones; el Resucitado «se hizo ver», según la fórmula constante utilizada en los relatos de las apariciones. Jesús tomaba la iniciativa de sus apariciones, nunca previstas. Su fecha es desconocida como la de las otras modalidades de la parusía final. La presunción o ingenuidad de las sectas que pretenden conocerla es muy grande.

Existe un sacramento de la parusía: la eucaristía. Es su realización todavía velada. Muestra que la parusía no constituye más que un solo misterio con la pascua de Jesús, porque es a la vez el sacramento de la muerte y de la resurrección y el de la presencia del que viene.

28. Mt 24, 36.42-51 par; 25, 13; 1 Tes 5, 1-4; 2 Pe 3, 10; Ap 3, 3; 16, 15.

Cristo no deja el cielo para hacerse presente a su Iglesia por la eucaristía; está para siempre muerto a la carne y resucitado en el Espíritu. No viene regresando a la tierra, sino atrayendo hacia él lo que es terrestre. Llama al pan y al vino hacia él, que es la plenitud en la cual *subsiste todo* (cf. Col 1, 16-18); les hace subsistir plenamente en él, convirtiéndoles así en realidades del mundo futuro, *pan del cielo* y copa del Reino. Igualmente, atrae a sí a la asamblea y se la incorpora (1 Cor 10, 16s), inaugurando la comunión del último día, del que se ha dicho: «Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor» (1 Cor 1, 9).

La eucaristía se celebra el domingo, día del Resucitado y de su venida entre los discípulos (cf. Jn 20, 19-26). Siendo el día de la resurrección y de la parusía, fue considerado a la vez como día primero y octavo: el domingo inaugura la semana y la cierra, lo mismo que la resurrección y la parusía aparecen como los dos polos de la historia de la Iglesia, pero forman un solo misterio. Muy pronto (Ap 1, 10) recibió el nombre de día del Señor: en él se celebra la resurrección en la que Jesús llega a ser el Señor²⁹, y la parusía en la que este señorío se impone al mundo. Día alfa y omega, pascual y parusíaco.

Juan narra: «Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. En esto vino Jesús...» (Jn 20, 19). «Vino», fiel a su promesa: «Me voy y vuelvo» (Jn 14, 28). Las puertas están cerradas: él es libre de las trabas que imponen las leyes terrenas; viene sin dejar el lugar donde se encuentra. Su presencia sorprende, su parusía es imprevisible. Ocho días más tarde, «vino Jesús estando cerradas las puertas» (Jn 20, 26). Ante Jesús marcado con los estigmas de la inmolación, Tomás proclama el acto de fe cristia-

29. Hech 2, 36; Rom 10, 9; Flp 2, 9-11.

no: «¡Señor mío y Dios mío!». Del mismo modo, el último día, ante Cristo que fue traspasado (Ap 1, 7), «se doblará toda rodilla y toda lengua proclamará: ¡Jesucristo es Señor!» (Flp 2, 10s). La Iglesia vive todo esto en cada eucaristía, en la que el mundo comienza a transfigurarse en aquel que es su más-allá y su futuro.

El evangelio narra seguidamente la aparición a la orilla del lago, donde había tenido lugar el milagro de la multiplicación del pan, símbolo, según Juan, de la eucaristía. Jesús aparece al amanecer en la orilla, presencia misteriosa en principio no identificada. A sus pies, pan y pescado que recuerdan el milagro de la multiplicación. Todo ello tiene un vivo regusto de eucaristía, todo ello evoca la mañana del día en que el Señor se manifestará en la ribera de la eternidad y atraerá a los discípulos y a su pesca, de las olas movedizas del tiempo terrestre.

La eucaristía, sacramento pascual y parusíaco, reúne a «todos los que tienen amor a su venida» (2 Tim 4, 8). Les hace vivir de antemano la parusía, pero en la penumbra. Proclama a Cristo «hasta que vuelva» (1 Cor 11, 26). En ella, cada cual se prepara para el encuentro en la luz, cuando la muerte venga a desgarrar el velo.